


Una casa en Sicilia

LUISA ADORNO

Traducción de Carlos Gumpert

gatopardo ediciones 

Título original: *L'ultima provincia*

Copyright © Luisa Adorno, 1962

Publicado en 1983 por Sellerio Editore, Palermo

Esta edición se ha publicado gracias a un acuerdo con los propietarios, representados por Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency (PNLA)

© de la traducción: Carlos Gumpert, 2026

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: junio de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: © Sellerio Editore, diseño de Noemi Zavoli, 2021

Imagen de solapa: © Luigi Stella

ISBN: 979-13-991406-2-0

Depósito legal: B 9681-2026

Impresión: Liberdúplex, S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Raras son las ocasiones en que el Prefecto habla sin verse obligado, y aún más raras aquellas en las que, viéndose forzada a hacerlo, la Prefecta abre la boca. Sin embargo, a quienes entran en su casa les resulta imposible seguir ignorando lo que ocurrió en Bosco Canniti. No porque lo sucedido espolee su locuacidad, sino porque en lo referente al tema han abdicado en favor de Concetta, la criada, a quien consideran la intérprete ideal de aquellos sucesos.

—*Cuand'estábamos* en Bosco Canniti... —comenta, y una y otra vez encuentra el público más atento en sus amos, que estuvieron presentes y ya se lo saben de memoria.

En Bosco Canniti volaban las cucarachas. Cuando una ventana iluminada desafiaba la oscuridad exterior, golpeaban el cristal como con ruido de nudillos; cuando alguna lograba colarse, sus golpes sordos contra la lámpara y sus caídas repentinas sobre el mantel alimentaban la repulsión de los presentes. Concetta era su azote: las perseguía con gestos alterados, insultándolas mientras sacudía un trapo en el aire. «Rojas eran, gordas, largas como

este dedo», aclara a los presentes, con la aprobación satisfecha de los amos. Al desembarcar, los americanos habían inaugurado la era del DDT, y una tarde Concetta encendió la luz, abrió la puerta, y las cucarachas entraron en masa.

—¡Loca! ¡Qué *hasecho*!

—¡Vucencia, dejarme a mí!... —repuso ella, con el sombrío aire de quien está dispuesto a tomarse la justicia por su mano.

Cuando los insectos llenaron la estancia, Concetta entró armada con un pulverizador con la cabeza envuelta en una toalla. Cerró la puerta a su paso y empezó a rociar: a ciegas, con todas sus fuerzas, luchando ante los contactos repentinos con aquellos bichos, mientras la felpa sofocaba sus maldiciones. Ahora, al contarlo, vuelve a rociar, implacable, e imprime a sus gestos una indudable procacidad.

En una ocasión, en Bosco Canniti, al regresar del refugio tras un bombardeo, se encontraron con que el yeso se había caído del techo. La capacidad de sugestión de la Prefecta le permite llorar incluso por desgracias que jamás han tenido lugar, pero que bien podrían haberse producido, y dado que no soporta la palabra *'ntonacu* —o *intonaco*, esa última capa de yeso que se aplica antes de pintar al fresco—, los ojos le brillan preñados de lágrimas, mientras te mira fijamente y hace gestos de que sí, de que fue exactamente así.

«*Cuand'estábamos* en Bosco Canniti...», un negro borracho se coló en el jardín y empezó a arañar la puerta una y otra vez... Concetta lo refiere enardecida por el odio, como en la guerra contra las cucarachas; aunque en aquella ocasión, al no disponer de un DDT adecuado para tal fin, tuvo que contentarse con salir por la puerta trasera, trepar por el muro y correr hacia el mando aliado.

Entonces, el desconcierto que sintió al hallarse de repente en una habitación llena de humo, donde apacibles extranjeros mezclaban desconocidas bebidas, resquebraja la intensidad de la historia: «... Té hacían..., qué sé yo..., o no era té, parecía café..., hacían...».

—Ellos sabrán —sentencia entonces, y regresa a su experiencia con el negro borracho.

Logró que lo arrestaran; cayeron sobre él mientras arañaba la puerta y antes de que pudiera darse cuenta de que se había equivocado de casa. O eso se le pasa por la cabeza a quien la escucha, pues entonces la Prefecta ya no era joven, y las privaciones de la guerra no habían afectado a su obesidad, y Concetta, de cuarenta años, no era más atractiva de lo que es hoy. Tenía el mismo rostro cetrino, ancho y corvo, que un pelo azabache lograba desmejorar. La rigidez de su cuerpo, diminuto y compacto, de montañesa de Calabria, contrastaba con su gesticulación excesiva y grosera.

Y con todo, también en Bosco Canniti, un indio con melena de mujer, envuelto en un turbante blanco, llegó a pedirle la mano.

—¿Y por qué no lo aceptó? —se sorprende la gente, incrédula.

—¡Acabáramos! —se resiente el Prefecto, que a todas luces considera a Concetta digna de muy diferente destino.

Su señora también la mira embelesada, turbada y llena de amor, y a duras penas apunta:

—¡No se la dimos! —exclama por fin, satisfecha de haber obrado así, y de haberlo dicho.

Aquel año, en Bosco Canniti los tomates permanecieron rosados y carnosos hasta diciembre, pero como la presencia de tomates sobre la mesa despierta el recuerdo, el hecho no causa interés alguno, ni pone los dientes largos

a nadie. Llegados a este punto, la Prefecta insinúa que «se le partía el corazón» porque, al estar atrapado en Roma, su hijo no podía degustarlos. Sin embargo, si por el contrario el hijo está presente, atiborrado de tomates y absolutamente libre de todo remordimiento, lo mira fijamente durante largo rato, con los ojos encharcados.

—Noche tras noche rezábamos por ti, señorito Cosimo —apunta entonces Concetta, extrañamente serena, que intentando parecer devota acaba impostando una voz melindrosa.

En realidad, al sumarse a dichas oraciones, solo consigue engañar a sus amos, porque los demás intuyen algo que el «señorito Cosimo» conoce de primera mano: la antigua y honda antipatía que ella siente hacia él, por juzgarlo un ser caprichoso, lleno de prejuicios y silencios.

Desde Bosco Canniti hasta la prefectura de S hay aproximadamente dos kilómetros. Dos kilómetros de carretera nacional entre viñedos enanos, muretes derrumbados por el peso de los cactus y jardines de naranjos escrupulosamente vallados. A pesar de lo poco que le gusta caminar con ese cuerpo rechoncho de piernas frágiles y pies demasiado pequeños y dolientes, el Prefecto Adorno, viceprefecto entonces, la recorría dos veces al día. Sudaba y resoplaba, pero no se arrepentía de haber solicitado y obtenido el traslado desde Turín: en cualquier rincón de Sicilia se sentía como en casa.

Eran los meses inmediatamente anteriores al desembarco: a medida que la guerra se hacía más y más inminente, las cigarras cantaban desenfrenadas.

Cuando aparecieron los primeros *jeeps* en Bosco Canniti, el viceprefecto no salió de casa en dos días. Al tercero se aventuró a acercarse a la prefectura, caminando con

pasos cortos e inseguros, pegado al arcén, entre ráfagas de camiones que huían. En S descubrió que los aliados habían arrestado al Prefecto. En cambio, a él le esperaba una invitación para presentarse ante el mando aliado.

Aunque sabía que su fascismo se reducía a llevar diligentemente la insignia en el ojal, y que esto no le había impedido ejercer el *ius murmurandi* con sus íntimos, se sintió abocado de inmediato al campo de concentración. Antes de marcharse escribió una nota: «... a ellas», dice hoy, indicando con un movimiento de cabeza a su mujer y a la criada, fusionadas en aquel momento en un único sentimiento de despedida de la familia.

A mediodía estaba en casa, con el coche a su disposición y el nombramiento de Prefecto. A las doce y media llegó el ujier con la nota, aunque esa nueva y flamante realidad no impidió a su mujer llorar por la separación no consumada y considerar desde entonces el nombramiento de su marido como un hecho trágico.

El haber ascendido a Prefecto en aquel espacio de tiempo increíblemente corto en el que, no valiendo ya las recomendaciones fascistas, aún no existían las del nuevo Gobierno, afectó a la carrera de Vincenzo Adorno. Lejos de otorgarle crédito, su origen apolítico le ha suscitado la desconfianza de cada nuevo ministro. Una y otra vez, le habían adjudicado las sedes más destrozadas, las más desfavorecidas, aquellas donde las secuelas de la guerra crepitaban por la noche entre los almacenes del puerto, y en ninguna resistió más de unos pocos meses. Estimulado por la antigua obediencia, una y otra vez el Prefecto Adorno partía en silencio hacia cada nueva sede, decidido a pedir el traslado. Solo cuando un ministro de izquierdas le invitó a trasladarse inmediatamente a una sede en el Norte, donde la

lucha de clases desataba una cadena de homicidios, objetó firmemente que aquel viernes no partiría hacia Z. Partió el sábado, pero esa fue su elección política, y como tal la consideró el ministro, convenciéndose para siempre de que había que desconfiar de alguien así. Y como tal la consideró él mismo con el tiempo, identificando su propia osadía con su personal y creciente aversión a la «mala hierba». En el concepto de «mala hierba» incluía, ya entonces, a todos aquellos partidos, desde el Comunista hasta el Partido de Acción, que insistían en lo «social». Su aversión hacia ellos creció ante la idea de perder un pedazo de tierra en el Etna, la única especulación de su vida, comprado pocos días antes del colapso monetario y amado con la intensidad de los bienes aún no disfrutados. Una pequeña parcela de tierra negra y fina como la arena, llena de peñascos de lava, con desniveles, montículos, barrancos repentinos; en conjunto no llegaba a dos hectáreas de viñedos y cítricos, latifundio para su ternura. («Es mía desde la morera hasta el algarrobo», afirma aún hoy, con un gesto lleno de amor.)

La meta de su carrera era retirarse a Belverde, a su casita de una rusticidad auténtica, coherentemente desprovista de las comodidades más elementales, que complementa la finca. De haber sido por él, se habría «jubilado» de inmediato, pero ahí estaba su hijo: un hijo intelectual, inquieto, pero aún dependiente, incapaz de resolver en términos prácticos su propia vida, recién licenciado y todavía por colocar. («¡Para colmo, Letras me quiso estudiar!») Y así, después de la primera «hermosa afirmación» del partido del escudo cruzado, la necesidad de continuar su carrera, la urgencia por defender Belverde de lo «social» y la obligación de tener los menores embolados posibles acabaron empujando a Vincenzo Adorno a realizarse como prefecto democristiano.

En aquellos días, se le asignó una vasta y pobre provincia del centro-sur, en la que no humeaba ninguna chimenea, sino solo los hogares de las casas de piedra esparcidas sobre montes redondos y planos, tibios bajo el sol, como lomos de animales. La capital era una ciudad antigua, sobre una colina, gris en iglesias y edificios antiguos, a la que la pobreza y una mayoría de derechas imprimían un sosegado aliento.

—Por fin una buena provincia —se regocijaba Adorno, mientras se preparaba para convertirla en su obra maestra.

El primer hábito que desarrolló en su nueva sede fue asistir a misa con regularidad. Todos los domingos, a las once en punto, se bajaba del coche frente a la catedral, entraba por la puerta del medio y, con pasitos trémulos, fortalecidos por el apoyo de un bastón, cruzaba la nave central para ir directamente al altar mayor, como si fuera a casarse. Solo se desviaba en un punto para evitar respetuosamente una lápida, sobre la cual había un encapuchado tallado en mármol, que presentaba desniveles que sus dolientes pies preferían evitar. Sentado en el primer banco, con las manos en el bastón y el rostro estirado hacia lo alto, hasta donde le permitía su regordeta nuca, el Prefecto asistía a la eucaristía con gesto serio. En la misma postura, y con expresión no menos grave, podía uno encontrárselo en las tardes de fiesta, en obras de teatro benéficas o premiaciones de los jesuitas. Las doroteas empezaban a preguntarse si debían invitarlo a la exposición de sus trabajos, y las monjas, que guardaban el secreto de una cura a base de hierbas para el hígado, contemplaban, halagadas, su tez térrea.

Generoso con su presencia corpórea, el Prefecto Adorno oponía en cambio una firme negativa apenas per-

cibiera el menor carácter mundano en el compromiso al que se le requería. A su incapacidad para diluirse en una conversación que no fuera estrictamente oficial (o regida por palabras cortas desgastadas por el dialecto e intercaladas con largos silencios, como hacía en su familia), había que sumarle su convicción de que la austeridad de sus funcionarios no disgustaba al Gobierno. Dijo no a asistir a círculos y a partidas de canasta, y volvió a colocar en el salón los incómodos asientos de los alcaldes que otros prefectos dejaban libres para el baile. El 2 de junio, en ese mismo salón, celebró oficialmente, con un breve y austero discurso, la joven República, refiriéndose a ella varias veces como «monarquía».

«Nuestro querido Prefecto», le llamaban, cuando lo conocí. Esa conciencia y la ausencia local de malas hierbas le permitieron redescubrir, frente al plato vespertino de *verduredda*, el gusto por la propia sobriedad vital. En ropa de casa, en la amplia y silenciosa vivienda, le parecía dulce el «Cuand'estábamos en Bosco Canniti...» del familiar bardo. Con la dulzura y tranquilidad de Bosco Canniti, donde volaban las cucarachas, los indios querían a Concetta y se arrestaba a los prefectos.

De los primeros cargos de consejero a los de prefecto, de las modestas casas de alquiler a los vastos alojamientos públicos, del fascismo a las angustiosas opciones políticas, la vida de la Prefecta había tendido, en una continuidad ideal, hacia un único objetivo: la investigación y la conservación de la salud. Una salud cuyo disfrute no estaba previsto, y cuya preservación exigía no menos prácticas y sacrificios que la investigación, y absorbía todas sus facultades mentales.

Lenta, sosegada, a ser posible sentada, para ella el alimento es el bien y las corrientes de aire el mal. Todo lo demás —religión, política, arte, amistad, amor— es *sfa-cennamento*, holgazanería, que desecha sin abrir la boca, levantando las cejas y lanzando el mentón al vacío. En cambio, cerrar una ventana o un familiar a quien se obliga a comer despierta en ella una energía y una agresividad insospechadas: se pone de pie de un salto, se lanza y grita «¡Hay corriente! ¡Cerrad!», pasando de la inercia a la acción gracias al milagroso uso de las palabras.

Dicha capacidad de conmoción se deriva de la mayor o menor capacidad de dañar la salud que atribuye a los

acontecimientos: en este sentido, Bosco Canniti, donde nada ocurre pero todo podría ocurrir, es un motivo siempre renovado para el llanto. Las otras sedes, de las que apenas tiene recuerdos atmosféricos, «Niebla había», «Llovía siempre», dice, distinguiendo Milán de Turín, la conmueven tanto más cuanto «peor» era el clima.

También el extraordinario cariño que siente por la criada tiene que ver con la salud. Cuando Concetta entró en la casa, una grave infección supurante, debida a una inyección de calcio, una «curilla» de esas que le encantan y que le encantaría regalar cada primavera a sus familiares más cercanos, la había obligado a guardar cama durante algún tiempo, con riesgo de su vida. Otras mujeres se habían turnado junto a su cabecera en esos días, pero todas habían quedado paralizadas por el grito «¡Corriente me dais!» con el que la paciente embestía a cualquiera que se moviera en la habitación. Concetta no, Concetta intuía al instante el significado de los rituales a los que tenía que adecuarse y fue más allá. «¡Deteneos! ¡Corriente nos dais!», ordenaba ella misma al cabo de unas horas al marido y al hijo, que se le acercaban.

El miedo de perder también a esta mujer reemplazó inmediatamente la alegría de haberla encontrado, y las imágenes de Concetta huyendo de allí, de Concetta desposada, de Concetta despidiéndose, empezaron a poblar los delirios de la enferma. Un día la vio con toda claridad yéndose con las arroceras. La llamó en plena fiebre y cuando la tuvo cerca, le preguntó ansiosa:

—¿Verdad es que te vas con las arroceras?

—¿Con quién? —repuso la otra, que nunca había oído esa palabra.

—Con las arroceras.

—¿Las *arroceras*?

Y por primera vez Concetta pensó que perdería a su señora sin verla levantarse de la cama. Aún hoy, cuando en una película neorrealista o en un plato de arroz aparece la palabra «arroceras», la señora mira a la criada con el rostro crispado y llora y sonríe en silencio, mientras esta sacude la cabeza y exclama:

—¡Vuecencia! ¡Con estas *arroceras*!

Como los montañeses pobres, lejos de preocuparse por los ochenta kilos de peso concentrados en su pequeña estatura, los considera una abrumadora prueba de salud y bienestar: la única cruz es que su hijo no comparta sus convicciones. Y eso no es así porque respete las convicciones de su hijo, sino porque eso le impide llevarlo a su grado ideal de obesidad. En asuntos de nutrición, siempre está a favor de lo «híper», y desde que un médico lo encontró un poco desmejorado cuando era niño ha intentado practicar ese híper con Cosimo, ahora en la treintena. «¿Olvidaste lo que dijo 'u ductó?», le pregunta desde entonces con amargura y agresividad, y los médicos que vinieron después y no dijeron como el otro, el elegido: «*Demasiao chupao* está», se ven deliberadamente ignorados por ella. En la base de la sobrenutrición está el huevo (*L'ovu friscu cu' tanticchia 'e massàla!*), un huevito fresco con un chorrito de marsala, se sorprende con voz llorosa si alguien lo rechaza). Hasta que Cosimo tuvo valor para rebelarse, le ofrecía dos cada mañana, henchidos de aire y de azúcar, batidos hasta que palidecían. Luego tuvo que conformarse con uno. Pero una vez, en Belverde, de vacaciones, la Prefecta descubrió que entre los frutos de su gallinero había cada día un huevo con dos yemas; se guardó el secreto para sí y revisó a las gallinas una por una, rompiendo el huevo recién puesto en un plato ante sus ojos. En un extraño ejemplar de gallina, calva del cuello para abajo,

como una resucitada, se identificó a la autora de los partos gemelares, y un huevo *à la coque* aparecía todas las mañanas, en la mesa del desayuno, cerca del asiento del hijo.

«¡Atiza, dos yemas tiene!», exclamó con curiosidad la primera vez que lo notó. «Este también tiene dos yemas», advirtió al día siguiente, y ya el recelo estaba resquebrajando su asombro. Al tercero: un puñetazo en la mesa y el grito «¡Quiero el huevo con una sola yema!» recorrió el huerto de cítricos.

Nacida con ella y desarrollada por la educación recibida, dicha concepción de la vida se exacerbó durante la maternidad. Y bajo sus cuidados, aquel hijo delicado, propenso al resfriado, se crio pálido y solitario, encerrado en casa como el fruto de un amor ilícito: su recuerdo más lejano era la devastación que sus propios estornudos provocaban en el rostro de la madre. «*Stranutao!*» y «*Si raffreddao!*» fueron las primeras palabras que llegaron a sus oídos y que, con el tiempo, se transformaron en una pregunta apasionada y directa: «*Stranutasti?*», «*Ti raffreddasti?*». El día que llegó a responder triunfalmente «*Raffreddato, raffreddato sugno!*» marcó un hito en la historia, lenta, de su emancipación.

De niño, Cosimo solo salía en verano: paseos cortos, siempre de la mano, por los jardines recamados del Sur. El grito «Quieto, no sea que sudés» cercenaba todos sus intentos de echar a correr. El resto era invierno. Y ningún invierno se distinguió jamás de otro excepto aquel en el que, habiéndolo disfrazado para el carnaval, su madre lo mantuvo disfrazado hasta la primavera, para no descargarlo de ropa.

El colegio representó el primer paso hacia una vida normal. Salía de casa por las mañanas embozado hasta las orejas, con los brazos separados del cuerpo por el exceso de ropa, y su madre, que lo acompañaba con el corazón

atravesado por el viento, para sujetarle la bufanda alrededor del cuello. La asistencia al centro nunca duraba más de un mes. A la primera gripe «*’U picciriddu a casa ave a stare*», el niño se tiene que quedar en casa, y el curso terminaba tristemente en clases particulares. Hasta el tercer año de secundaria Cosimo estudió así, apasionado y solo, leyendo cosas para mayores que él, el único campo en el que no corría peligro de enfriarse. Del colegio le quedaba una y otra vez el babi, que ya no podía quitarse hasta el buen tiempo, y un afán por sacar buenas notas, de emulación que se desahogaba en juegos lúcidos y tranquilos: casi siempre largas, atormentadas y continuamente renovadas clasificaciones de belleza y simpatía entre sus objetos más preciados. Empezó con postales ilustradas. Las más bonitas, unas veinte, no tardaron en llenarse de fechas y notas, pero solo dos de ellas se disputaron, durante largo tiempo, la supremacía: si el diez en belleza era para la cabeza del perro, el diez en simpatía iba a parar al asombrado holandés que empuñaba un enorme trébol. Si este último, en otro momento, le parecía más bonito que simpático, era el perro quien cedía en belleza y ganaba en simpatía. En tercer lugar, superada en ocasiones por un claro de la luna, se situaba casi siempre una niña vestida de corto, con un enorme lazo en la cabeza y otro igual en el ombligo, que, ante una muñeca rota, lloraba tanto que se le veían las amígdalas. A las postales se añadieron pronto los coches: los veía pasar como un relámpago por detrás de la ventana cerrada y los fijaba para siempre en una incontrolable clasificación de belleza y de velocidad. Luego fue el turno de las ciudades que no había visto, de las casas donde había vivido, de los libros, de los personajes, de las personas. A los doce años seguían siendo estos sus juegos, y su madre, satisfecha por cuidar su cuerpo desgarbado,

hacía caso omiso de sus lecturas y de su mirada depredadora. A los doce años, engordado por unos cuidados y una alimentación extravagantes, en lugar de acudir a las grandes concentraciones y plantar banderitas en el mapa de Etiopía, como los niños de su edad, Cosimo juzgaba el fascismo, preveía con satisfacción su fin en su momento de mayor esplendor y miraba irritado el escéptico y prudente conformismo de su padre.

Cuando el adecuado peso que había alcanzado y la creciente dificultad de sus estudios convencieron a su madre para dejarle asistir regularmente al colegio, se produjo el encuentro con Todaro. Todaro, que se burlaba de él, porque estaba gordo; Todaro, que se reía de la bufanda a la que se aferraba su madre; Todaro, que, como él, revelaba su timidez en una amistad cruda y malhablada, saltó al primer lugar en la clasificación de las personas y allí se quedó.

A partir de entonces, Cosimo empezó a negarse a comer más allá de saciar el hambre, a quitarse el exceso de ropa, a abrir de golpe las ventanas, entrenando así a su ya obesa madre en dar esos sobresaltos repentinos que asombran hoy.

Como apostilla a todos los resfriados que sufrió hasta que su cuerpo fue poco a poco reeducándose, ella declaraba «¡De Todaro la culpa es!», convirtiendo su antiguo y desolado abatimiento en un rencor ilustrado y preciso.

Ajeno, en sus orígenes, a este drama del mal, Vincenzo Adorno acabó adaptándose, haciendo suyas las teorías de su esposa y reaccionando a las rebeliones silenciosas de su hijo con arrebatos furiosos, enfatizando palabras ahora desprovistas de su obscuro significado. De este modo, las virilizantes imprecaciones de su padre y las quejas y acusaciones de su madre acabaron siendo la única transacción de ideas entre Cosimo y su familia.